

Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.

SILUETAS

Abejas y mariposas

Duerme la pequeña ciudad mediterránea su siesta de julio y en la larga calle, de casas blancas y ventanas verdes, el empedrado, de un azul grisáceo, arde. A un lado de la calle se recorta intensamente sobre la acera una estrecha faja de sombra, mientras las puertas y ventanas del lado opuesto, bien cerradas, relumbrian al sol y en las paredes blanquitas parece que cruje la cal reseca. El sol cae á plomo, á través de un ambiente clarísimo, lleno de su luz, como atisbando víctimas que fulminar; pero no hay víctimas: todo duerme; las tiendas tienen las puertas entornadas, delante de ellas cae hacia la cortina, listada de azul ó encarnado, un poco apartada del dintel por un soporte de hierro, y en toda la larga calle blanca no se ve otro ser viviente que un perro tendido á la sombra, junto á una esquina, y tan estirado y sumido en sueño tan profundo que parece muerto. Por un extremo, la calle traza una curva y no se ve su fin; por el extremo contrario la limita una plaza, cuyo fondo cierran el frontispicio liso, sin adornos, de una iglesia de ancha portada que quizá fué gótica y otro edificio más bajo, que fué convento, y es ahora propiedad del Estado. En él se alberga el Hospicio, la Biblioteca pública y el Instituto. Si no hubiera habido conventos en España, ¿dónde se hubieran alojado la instrucción pública, la guardia civil, la beneficencia, la cultura oficial? Si los conventos no hubieran tenido libros ni cuadros, ¿cómo se hubieran formado las bibliotecas y museos provinciales? Señor, Señor, la beneficencia, la instrucción, la fuerza pública, la cultura, los presos, los niños abandonados y los libros del consabido país liberal hubieran tenido que acampar al rasol. Había en la ciudad dos conventos: los claustros de uno sirven hasta el día de hoy de mercado y el resto de cárcel y otros menesteres. El otro es el que limita el horizonte de la calle larga, blanca y ardiente.

Por su puerta sale todos los días al sonar la una, ni segundo más ni segundo menos, el único ser humano que á hora tal y en plena canícula se atreve á recorrer casi toda la calle relumbrante y abrasada, silenciosa y dormida. Al poner el pie en la calle abre un quitasol amarillento forrado de verde y viene ya desde adentro con lentes ahumadas. Además viste pantalón de hilo, chaleco blanco, americana negra, de paño muy fino; más con todo y con esto, pasar por aquella calle á esas horas, por precauciones que se tomen, constituye una temeridad. Nuestro hombre anda acompasadamente, sin prisa ni con lentitud, en lo cual demuestra gran juicio y experiencia, pues si apretara el paso rompería en sudor y si lo aflojara produciría el mismo efecto el ambiente caldeado. No, lo más seguro é higiénico es adoptar la andadura normal. Si le examinamos de cerca veremos que es hombre de edad madura, aunque poco definida; quizá haya cumplido los cuarenta años, quizá los cincuenta, tal vez algunos más. Es de mediana estatura, está bien de carnes, tiene la cara redonda y más bien moretada y rubicunda, la nariz un poco respingada, los labios carnosos, usa bigote largo, caído, ralo y negro y si se quitara los lentes ahumados veríamos sus ojos redondos muy miopes y espantadizos.

Entra en una casa, la puerta se cierra tras él y estamos hora y cuarto juntos sin saber de su vida. Nada sabemos de su vida íntima, sino que aquella casa no es su casa, sino su posada. Hace veinte, treinta ó más años que reside en ella. El ama de la casa, que sin duda cuida de él, es una señora pequeñita, arrugada, un poco antigua, otro poco desabrida, algo dengosa, que quiere sobre todas las cosas de este mundo á un perro faldero, de lanas, muy ladrador, muy gruñón y de ojos ribeteados y lacrimosos. Además lleva la casa limpia como una tacita de plata. No sabemos más.

Pero como sabemos que allí vive, nos será permitido suponer que al llegar el caballero á lo alto de la escalera, le saldrá al paso, ladrando, el perro de lanas; que adentro sonará una voccecilla resquebrajada preguntando «quién va», y que él, apartando al perro con el quitasol para que no le ensucie con las patas los pulcros pantalones, contestará con un «buenas tardes». Si fuéramos nosotros, probablemente, en lugar de apartar el feo bicho con el quitasol, le arrimáramos algo así como un palo, para que no volviera; pero el señor aquel, quitando e los lentes ahumados y poniéndose unas gafas de limpidos cristales, con delgada montura de oro; le dirá al perro: «vaya, vaya...» y no más. Luego se lavará las manos en un aguamanil antiguo, se sentará á la mesa y le servirán sopa, cocido y un poco de pescado frito, unas frutas, queso, beberá parcamente vino aguada, comerá con sosiego y pulcritud y no fumará.

Y, acabado su yantar, consultará su reloj de oro, grueso como un cronómetro, y á las dos y cuarto en punto, tomará su sombrero y su quitasol, cambiará las gafas por los lentes ahumados y saldrá otra vez á la calle, para volver por el mismo camino al edificio del Estado, bajo un sol de justicia. Pero este hombre ¿qué hace que no echa su siestecita? Y ya que no la eche, aunque es tan amable en tales días, ¿por qué no dirige sus pasos al casino, donde hallaría la más deliciosa tertulia del mundo, donde podría tomar su café y aun jugar una partida de dominó ó de chaquete ó de ajedrez?

No; él penetrará en el ex-convento, recorrerá el antiguo claustro, ahora cerrado y convertido en ancho pasadizo, umbrío, fresco, delicioso, y al llegar á una puerta, encima de la cual hay un rótulo que dice: «Biblioteca Pública», restregará los pies en una esterilla, se sacudirá el polvo de los zapatos, y entrará en el que fué grandioso refectorio del convento y tiene ahora los muros cubiertos de libros. El techo es abovedado, los muros son muros de fortaleza. Los frailes constrúan para muchos siglos, sólidamente. La luz y el aire fresco del mar entran por unas ventanas hondas como troneras. ¡Qué hermosamente se está allí, con cuánta quietud, en qué silencio, en cuán delicioso bienestar! El suelo está pavimentado con ladrillos muy rojos y muy limpios; en el testero hay una tarima, una mesa, un sillón, dos ó tres sillas; un banco de madera de poca alzada corre á todo lo largo de los muros y en el centro hay una larga mesa, también corrida, y sillas á cada lado; luego, al otro extremo del salón, se ve una vitrina, y en el fondo mismo se abre una puertecita... En el gran ex refectorio un viejo de barbas blancas está sentado junto á la puerta, en una silla, sin hacer nada, y un niño de unos trece años, de codos sobre la mesa central, con un libro enfrente y otros libros más pequeños y algo usados—y encima de ellos una gorra—colocados en la silla inmediata. El niño no levanta la cabeza.

El recién llegado se encamina acompasadamente á la puertecita del fondo, la abre y á los pocos minutos vuelve á salir puestas las gafas de oro, con otros pantalones, también limpios y otra chaqueta. Sabemos que en invierno se coloca un birrete negro con abalorios. Ahora no, y por esto vemos que es calvo. Va y se sienta en el sillón, junto á la mesa del testero y se dispone á escribir, mientras el hombre viejo se le acerca y le dice:

—¿Manda usted algo, don Miguel? No sabemos si don Miguel le mandará algo ó no, porque no se oye lo que contesta. Tiene la voz apagada, que él apaga más entonces, y que los enormes muros nos apagan más todavía. El hombre de las barbas blancas toma su sombrero y se va, y al cabo de una hora vuelve y se sienta otra vez junto á la puerta. Por todas estas señales juzgamos que don Miguel, el temerario despreciador de las siestas caniculares, es el señor bibliotecario, guardián y custodio de aquel refugio y prisión de libros, y el hombre de las barbas blancas el portero. El niño no sabemos todavía quién es. Se están allí los tres hasta las seis de la tarde; entonces el viejo se acerca al niño, mientras don Miguel va otra vez á mudar de ropa al cuartito del fondo, y le dice, dándole un golpecito en el hombro y en voz baja:

—Vamos á cenar.

El niño abre desmesuradamente los negros ojos, coge su gorra y sus libros y echa á correr.

¿En qué ha ocupado la tarde don Miguel? Ha trabajado en el catálogo de la biblioteca y ha echado cuentas. La mezzina dotación para material apenas alcanza para mantenerla en estado de limpieza y él desearía aprovechar la ocasión de una librería particular, que está en venta. Por más números que hace, no sale el dinero necesario y no habrá más remedio que añadir unos puñados de pesetas de su bolsillo. Suspira; pero lo hará. Antes de salir á la calle da un paseo por todo el ámbito del ex refectorio y se acomplace en su obra. Cuando él se encargó de la biblioteca había en ella nueve mil volúmenes; ocho mil no repetidos que salieron de los conventos y un millar más de otras procedencias; ya son ahora once mil y llegarán á doce, y además habrá un catálogo magnífico que no lo había. Recuerda los equilibrios que ha hecho durante tantos años para atender á todo, lo que ha solicitado del Ayuntamiento, del Estado y de los particulares. El ministerio le ha dado dos ó tres veces las gracias de real orden: dinero jamás.

Lo que no le ha dado tampoco nadie es lo que él más desea: lectores. ¿Qué haría él para lograrlos? Antes la Biblioteca estaba abierta de nueve á una, y no iban. Abrió por las tardes: de tres á seis, y tampoco. Probó de no cerrarla desde las nueve hasta las seis ó hasta que se viera en el salón, y consiguió algo, aunque poco. Pasaban días enteros sin ver á uno solo, más que al niño aquel. No había que pensar en abrir por las noches por carecer de alumbrado. Entonces se le ocurrió abrir los domingos y abrió. Otra vez las gracias de Real orden; pero los lectores no aumentaron gran cosa. Y de pronto, en seco, deja de ir el niño.

Pero don Miguel no se rinde: nasan las

canículas y los inviernos con sus fríos y sus aguaceros y vendavales y él continúa lo mismo. Algunas veces, en los días de mayor soledad, piensa en aquel niño que ya no va á leer y siente una añoranza vaga. ¿Por qué no va ya á leer? ¿Habrá muerto? Pasan unos años y el niño, ya adolescente, vuelve por una temporada y entablan los dos una amistad muy singular. El le cuenta al muchacho lo que piensa hacer, le enseña sus hallazgos, sus tres incunables y su incipiente monetario; el muchacho le cuenta su vida y sus ideas y, le habla de su novia, y él, don Miguel, se rie como un chiquillo, aunque apagadamente, para no molestar ni escandalizar á los lectores posibles, que pueden entrar de un momento á otro...

De pronto vuelve á eclipsarse el muchacho y pasan diez, veinte años sin volver á verle; y luego, á los tres ó cuatro más, se apaga la vida de don Miguel tan suave y silenciosamente como la había vivido, tranquila y serenamente, sin altibajos, sin luchas, impreso el catálogo completo de su Biblioteca y sin dejar en el mundo ni un solo enemigo, ni un solo rencor... y ni un solo amor vivo tampoco, sino un dulce recuerdo de nostalgia, como la penumbra de una pena, en cuantos le habían conocido; pero si aquel que era niño y luego se hizo hombre volviera á entrar en la sala inmensa, donde la voz del ausente no despertó jamás ningún eco, experimentaría, al no encontrarle allí, una emoción mucho más honda.

ANGEL RUIZ Y PABLO

Cotidianas

Después del colosal Maura, el bacilar Dato; después de O'Donnell éste y el otro; después de don Claudio Moyano, Esteban Collantes; después de Villaverde, Bugallal; después de Salmerón, Melquíades. Permisos de decirlo en la lengua de allende el Pirineo, sin par para estos casos: ¡que degradingolade!

Pero no es solamente el descenso vertiginoso de plano, sino las consecuencias, las cuales se sintetizan en un prurito de parodia, de remedo, de caricatura, de plagio, de imitación inaguantables.

Tenemos la suerte de contar con un Azorín, ten él, tan propio, y surgen diez mil azorinoides que le copian, le calcan, le roban, dando asco con sus torpes imitaciones; tenemos á Benavente y los Quinteros, y por sabido se dá que no veremos otra cosa en las nuevas comedias que se echan en los teatros; tenemos á Zuloaga: quinientos pintamonas imitando á Zuloaga; tenemos á Amadeo Vives, con Maruxa: cuarenta zarzuelas de reata, con motivos gallegos; tenemos á Xenius, que inaugura un nuevo género: venga imitar á Xenius.

No se obedece á ningún imperativo categórico sino á lo que se lleva.

Ahora se lleva hacerse el filosófico, el metafísico, el superjerolítico: España. Pues descuide la casi ilegible España; ya le saldrán competidores y brotan á gran imitación de España (trastornadora de sesos); y no hay cabeza de partido, ni pueblo de quinientos vecinos donde no haya, en Cataluña, xenustias.

Somos una nación de ignorantes, llamados analitabatos: un pueblo pobre, sin iniciativas, poseído de horror al progreso, y sin embargo, queremos rivalizar con Alemania y Francia en ilustración; pero todo se vá en semanarios con artículos pseudo-Unamuno y pseudo Xenius.

Menos política y más administración, decía el desgastado clisé de hace años. Menos cultura y más saber, diríamos al presente, y ya que hay tantos francófilos, como parece, con tantas revistas y Juegos Florales, no olvidemos el alejandrino de Alfredo de Musset: Mon verre est bien petit, mai je bois dans mon verre.

No bebamos con porrón el champagne y no profanemos con revistas á diez céntimos las enseñanzas de Francisco Vitoria y Melchor Cano sobre el derecho de la guerra.

CUALQUIERA

DEL DIA

Alemania según los últimos libros

XXX

Al transcender á la Historia la influencia de los principales filósofos pertenecientes á la escuela romántica, esta tendencia del idealismo indeterminado hubo de hacer sentir sus efectos en la indagación. No fué, sin embargo, muy sensible la repercusión, porque las doctrinas hegelianas libraron en cierto respecto, de la posición indeterminada á los investigadores de la Historia. El insigne tratadista Rauke, apenas si se dejó llevar por este sentido, que podía ser altamente perjudicial para los estudios objetivos. Y es que el proceso de la Historia, considerada ésta como disciplina científica, unas veces fué influenciado por las ciencias naturales y otras por las corrientes que predominaron en la Psicología y en la Etica.

En la evolución historicista alemana adviértese la mútua influencia ejercida entre la Historia y el concepto de la nacionalidad, de suerte que el ideal de la unidad germánica contribuyó á la elaboración de la Historia y á su vez esta disciplina hizo que se consolidase y arraigase en el ánimo de las distintas clases sociales toda la ideología constructiva de la nacionalidad.

Al plantear este problema, los críticos y los sociólogos, acaso sin darse perfecta cuenta del fenómeno colectivo que se pro-

dujo después de los triunfos de 1866 y 1870, dieron cuerpo á la política liberal nacional, en la que el factor heroísmo desempeñó un papel importantísimo, por lo que el concepto de la unidad germánica fué, en cierto modo, un resultado de la labor individual esforzada que llevaron á término cumplidamente algunos tipos representativos de la mentalidad y de la política, que acertaron á interpretar con toda fidelidad los latidos de la opinión pública. El barón de Stein, cultivador de la Economía, del Derecho y de la Acción Social, enfocó el problema de la unidad alemana globalmente, dando forma al pensamiento, sólo concretado antes en parte, de constituir, bajo la hegemonía de Prusia, un gran Estado en el que se agruparan todos los pueblos de raza teutónica. Stein consideró que los vínculos que habían de servir para estrechar los intereses comunes ó análogos, habían de ser de índole moral y económica para lograr de este modo forjar una íntima solidaridad entre todos los componentes. Tampoco puede olvidarse la actuación de otros hombres eminentes como Hardenberg, que fué el apóstol del ideal de un pequeño Estado en el siglo XVIII, y singularmente Fichte, que con sus famosos discursos consiguió despertar hasta lo más íntimo el sentimiento de la nacionalidad.

La labor intelectual y la actuación política y social de los espíritus superiores, contribuyó poderosamente á vigorizar los sentimientos patrióticos basados en la idea de engrandecer la nacionalidad alemana, habiendo sido éste el primer impulso para que la conciencia difusa se fuese determinando á medida que el alma de la nación se dinamizaba. Los intelectuales tomaron como ejemplo la tradición y la historia, á título de elementos vivos del espíritu del pueblo.

Se ha dicho con razón que á los historiadores se debió en Alemania tanto como el resurgio del ideal colectivo, el despertar del amor patrio y la confianza en los destinos que le estaban reservados á aquel pueblo. Según el testimonio de varios escritores insignes, este sentido de la realidad de la escuela histórica debió á que sus partidarios no dejaron que el espíritu revolucionario hiciera tabla rasa de los valores morales y sociales pretéritos. Tampoco fué extraña á esta concreción del pensamiento colectivo la Universidad alemana, hogar espiritual de las generaciones intelectuales que se sucedieron de 1820 á 1870.

Los establecimientos universitarios fueron los centros en donde se generaron la ciencia y el entusiasmo patriótico, y lo mismo el profesorado que los escolares, convencidos de que en toda obra colectiva el espíritu de continuidad y la especialización son condiciones indispensables para convertir las instituciones en el alma mater de la resurrección y el triunfo de la causa patria, pusieron su pensamiento y su corazón al servicio del ideal para realizar una actuación incesante, dando un ejemplo á la contemporaneidad de cómo en un pueblo que suspira para afianzar sus destinos ante el mundo, el individuo debe fundir su esfuerzo con el de la comunidad entera. No fué otra la preparación intelectual y moral de Alemania para llegar á constituir un estado de conciencia colectivo que, durante cerca de un siglo, se ha mantenido siempre con una intensidad creciente, en virtud de un ritmo acelerado.

El ideal pangermanista columbrado genialmente por Rohrbach halló en Stein un gran colaborador, así como en la producción de los historiadores pertenecientes á la escuela romántica-pragmática. Los corifeos de la pangermanización, llevados de su entusiasmo, pensaron que, para llegar á la constitución de un gran imperio, era preciso estudiar los lazos que unían á la Confederación Alemana con Austria Hungría y que Berlín había de ser el principal, si no el único centro, desde el cual se marcaran los rumbos que habían de seguir los pueblos tudescos bajo la hegemonía de Prusia. En los últimos lustros, el propósito de los pangermanistas á ultranza era asimismo engrandecer las conquistas coloniales, formar la *mas grande Alemania* por medio de Confederaciones con Suiza; Holanda y Bélgica, asimilándose primero espiritualmente y más tarde económica y políticamente á estos países.

En el aspecto externo, el ideal colectivo fué consolidándose y adquiriendo mayor fuerza dialéctica, en virtud de un sentimiento de repulsión á Inglaterra, y acaso también porque los sustentadores del movimiento imperialista comprendieron que, para exaltar á su pueblo, no es suficiente el amor y el entusiasmo por las propias glorias y por el deseo constructivo, sino que una de las mayores fuerzas aglutinantes podía ser el sembrar en la conciencia alemana el desvío primero y el odio más tarde á la Gran Bretaña.

Los intelectuales, y especialmente los cultivadores de la Historia, contribuyeron á depurar y difundir el concepto de la unidad nacional alemana, ofreciendo premios algunas entidades y corporaciones científicas á los escritores que investigaran los acontecimientos más trascendentales de la vida del pueblo alemán, principalmente el relativo á su independen-